

1. Comenzar desde el corazón de nuestra vocación

El último Viernes Santo estaba en Cortona para celebrar el Triduo con nuestras monjas y me fui a confesar al santuario de santa Margarita. Hablaba al padre de mis frecuentes dificultades y cansancios en el ministerio, y cómo a menudo el cansancio y el desaliento me hacían vivir la vocación como algo gris y triste. El padre me preguntó: “Pero, ¿cuál es el centro de vuestro carisma? Se habla del ‘*Ora et labora*’, el rezo del Oficio, trabajar, vivir en comunidad, etc.; pero ¿qué es lo verdaderamente central y esencial en vuestra vocación?”. Le respondí que para san Benito el centro es “no anteponer nada al amor de Cristo” (RB 72,11). Y él me respondió. “Ponga esto en el centro, y todo lo demás se ordenará, encontrará su lugar. Descanse en esta preferencia, como cuando Jesús decía a los discípulos: ‘Venid a un lugar apartado y descansad, descansad conmigo, solo conmigo’.”

Era un hermoso día a mediados de abril, en el esplendor del pueblo medieval de la toscana. Volvía de un largo y cansado viaje a Brasil y Bolivia. Pasé del tórrido calor de la Bahía brasileña al frío y malestar de los 4.000 metros de La Paz. En las comunidades encontré, junto a hermosas experiencias de encuentro y fraternidad, cansancios y tristezas en el vivir nuestra vocación. Por esto, la llamada al descanso, a descansar en Cristo, en el corazón de mi y nuestra vocación, que me dirigía el confesor, la sentía como una respuesta a una necesidad profunda y aguda, no solo mía, sino también de las personas y comunidades que había visitado y en las que continuaba pensando, preguntándome cómo ayudarles, cómo ayudarnos.

Creo que también para nosotros, que nos encontramos aquí en este mes de formación monástica, es importante que pongamos en el fuego lo que es más urgente en la situación actual de la vida monástica, tal como la vivimos o no en nuestras comunidades, en nuestras Órdenes o Congregaciones.

Yo, durante este año, no he podido olvidar jamás a nuestro joven hermano David, que solo cinco semanas después del Curso se despidió tan trágicamente, no solo de la vida monástica, sino de la vida en esta tierra. No podemos dejar de interrogarnos por este acontecimiento doloroso. Qué responsabilidad nos pide, no tanto con respecto a él, porque está ya en las manos y en el corazón de Dios, sino con respecto a nosotros mismos, a nuestra vocación. Nuestro hermano nos ha dejado una especie de reto, que me gustaría formular con esta pregunta: ¿Qué sentido da la vocación monástica a la vida humana? Y ¿qué sentido da la vida humana a la vida monástica?

Este año he comprendido más que nunca, incluso ante los demás hechos o elecciones dramáticas, casi increíbles, sin pensar en las situaciones de la sociedad, que la urgencia principal es ayudarnos a vivir la vida consagrada, la que se inicia con el bautismo y que no debe hacer otra cosa que permitir al bautismo convertirse en vida, con un respiro que de sentido a la vida humana, la nuestra y la de los demás.

Cuando veo vivir la vida monástica y, sobre todo, formar para ésta sin que se dé un sentido a la propia humanidad, comprendo que estamos cometiendo una gran traición a Cristo y al hombre, una gran traición a Cristo Redentor del hombre, una traición de la Redención como vida nueva, renovada, llena de sentido, aquí y ahora, y para la eternidad. Y que llevamos a cabo una traición contra nuestro carisma, contra san Benito y el espíritu de su Regla que fundamentalmente se nos ha dado para vivir la unidad entre la vida y la vocación, entre el sentido de la vida y el sentido de la vocación.

Jesús ha venido para llamarnos a esta unidad con el gozoso anuncio del Evangelio, y nos llama a la misma llamándonos hacia Él, a seguirlo, a estar con Él, para unirnos a Él hasta ser una sola cosa con Él y con el Padre en el Espíritu Santo. El bautismo realiza este misterio. Pero nuestra libertad está llamada a vivirlo, a dejar penetrar esta gracia inmensa en la vida, en nuestra humanidad. La vocación monástica se nos ha dado para realizar la vocación bautismal de todo cristiano y para llegar a ser de este modo testigos vivos de que Jesucristo da su pleno significado a la vida humana.

Así pues, es como si todo nos llevase a encontrar siempre de nuevo el sentido de nuestra vocación, allí donde nuestra vocación da sentido a la vida, nos une al sentido de la vida, y permite vivirlo con plenitud. Una vocación, cualquier vocación, está bien vivida si a través de ella nuestra vida humana alcanza el sentido por el que nos ha sido dada. Una vocación no tiene sentido si se separa del sentido de la vida, de toda nuestra vida. Si el sentido por el que vivo no coincide con el sentido por el que sigo una vocación, y viceversa, quiere decir que hay algo que no funciona, que hay un espacio de no verdad, que antes o después impide a Cristo que nos llama el realizar la unidad de nuestra vida, de ser el sentido total de nuestra vida, y, por lo tanto, su plenitud.

En aquella circunstancia de la confesión en Cortona, me di cuenta que quizá no había entendido nunca que nuestro verdadero descanso coincide con poner en el centro de nuestra vida el corazón de nuestra vocación. Ciertamente, lo he experimentado muy a menudo y lo experimento siempre, pero quizá no me lo había formulado con esta claridad. Lo que nos hace descansar no es salir del centro de la vocación, ponerse a un lado del centro de la misma, sino lanzarse una y otra vez a él, regresar continuamente a aquel centro. El verdadero descanso es un re-posarse, un posarse de nuevo, un volver a ponerse en el corazón del encuentro con Cristo que nos llama a seguirlo en Su misión.

Me ha venido a la mente el momento en que Jesús llamó aparte a los suyos para descansar un poco a solas con Él, y después al desembarcar se encuentran una inmensa multitud que les ha precedido a pie (cfr. Mc 6,30-34).

¿Descanso arruinado? ¿Vacaciones fallidas?

Si los apóstoles se hubieran confesado al igual que yo con aquel padre, quizá hubieran podido preguntarse cuál era el centro profundo de su vocación. Y quizá hubieran respondido: El centro es el comienzo, cuando Jesús nos miró y nos dijo:

“¡Venid tras de mí y os haré pescadores de hombres!” (Mt 4,19). Por tanto, el centro no era: “Venid a un lugar apartado, descansad un poco”, sino la llamada a seguir a Cristo en la pasión de salvar a todos los hombres. Pero si éste era su centro vocacional, entonces también allí estaba el descanso.

Jesús no les engañó cuando les llamó a ir a descansar con Él a un lugar apartado, aunque ciertamente ya sabía que con Él en un lugar apartado, los apóstoles encontrarían la multitud para evangelizar, para asistir, para amar. Porque después quien tuvo que trabajar fue el mismo Jesús, no los discípulos. Ellos solo tenían que estar allí, mirándole mientras hablaba con la multitud, escuchando lo que decía, dejarle vivir Su vocación sin molestarle con su necesidad de descanso, sin cansarlo con su continua tentación de desviarle de Su misión, de dictarle ellos mismos cómo tenía que llevarla a cabo. Porque la tentación de los discípulos, incluidos nosotros mismos, es siempre la de querer seguir a Cristo dictándole nosotros dónde debería ir, y qué debería hacer y decir, o más bien, no hacer y no decir.

Así pues, quisiera en el fondo que los Capítulos de este año nos ayudasen a ir a un lugar apartado con Jesús para re-posarnos de nuevo y más profundamente allí donde nuestra vocación llena nuestra vida de sentido y, por lo tanto, de verdad, de belleza y de paz.